

HISTORIAS DE LA MAR

UN CENTENARIO LUCTUOSO: EL ASALTO Y SACO DE CÁDIZ EN 1596

Ad utrumque paratus

Introducción



L más conocido de los aforismos marciales, *Si vis pacem, para bellum* (1), tiene un digno colofón que fue adoptado como lema por los submarinistas españoles hace muchos años: *Ad utrumque paratus*; para lo uno y para lo otro, preparados. La idea encerrada en esta divisa es igualmente muestra de la prudencia y previsión que deben regir en la vida de una ciudad, en la lucha en un medio adverso y desconocido, cual las profundidades del mar, o en cualquier atribulada circunstancia de nuestra existencia. Para lo bueno y para lo malo, siempre preparados.

Es la primera de estas puntualizaciones, sin embargo, la que nos interesa especialmente en estos días, cuando recordamos el IV centenario del saqueo de Cádiz por los anglo-holandeses, al mando del conde de Essex. La falta de pre-

(1) VEGECIO: *Epitoma rei militaris*.

visión, la poca precaución ante cualquier evento contrario a la buena marcha de la república —como entonces se solía decir de los asuntos públicos—, la imprudencia manifiesta ante la potencial amenaza de un enemigo cierto, cuya llegada se había anunciado, fueron circunstancias que evidentemente contribuyeron al desgraciado resultado de la contienda y a que en los anales de nuestra ciudad el año 1596 aparezca marcado con tintes especialmente sombríos y amargos.

Varios habían sido los ataques que con desigual suerte soportaron las costas peninsulares (Cádiz, 1587, y La Coruña, Lisboa y Vigo, 1589) y algunos puertos americanos por aquellos años, de forma que era previsible un asalto en toda regla a cualquier puerto español tan pronto como las circunstancias fueran propicias. Las pocas medidas adoptadas para contrarrestarlo nos parecen hoy inexplicables. Ciertamente, los aforismos antes citados no debieron estar muy presentes en la mente de los regidores de los destinos del Cádiz de aquellos tiempos.

«Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz, Clotardo, un caballero inglés, capitán de una escuadra de navíos, llevó a Londres una niña de edad de siete años, poco más o menos...», que diría don Miguel de Cervantes (2). Y no fue esto sólo, sino que al mismo tiempo se llevaron hasta 59 rehenes, escogidos entre lo más granado de los estamentos superiores de la ciudad, numerosas alhajas y efectos de ajuar doméstico, gran cantidad de dinero y objetos valiosos, muchas rejas y artículos de hierro o bronce —entre ellos, la artillería de la plaza y las campanas de las iglesias— y lo más florido del producto del expolio de las bibliotecas y archivos gaditanos, la pieza más significativa del cual fue la primera versión de la historia de Cádiz de Agustín de Horozco, hoy en la biblioteca del Museo Británico (3).

Dejaron, en cambio, el amargo recuerdo del pillaje y del saqueo, un tercio de las casas de la ciudad incendiadas y destruidas, los restos de sir John Wingfield —comandante del buque de S. M., el *Vanguard*, muerto de un arcabuzazo— enterrados en la Catedral Vieja y la triste sensación del fracaso y la impotencia que deja traslucir el conocido soneto de Cervantes dedicado «A la venida del inglés a Cádiz»:

«Vimos en julio otra Semana Santa
atestada de ciertas cofradías,
que los soldados llaman compañías,
de quien el vulgo y no el inglés se espanta.

»Hubo de plumas muchedumbre tanta,
que en menos de catorce o quince días

(2) CERVANTES, Miguel de: «La española inglesa», *Novelas ejemplares en Obras Completas*. Ed. Aguilar. Madrid, 1956; pág. 854.

(3) HOROZCO, Agustín de: *Discurso de la fundación y antigüedades de Cádiz*. M. s. de 1591. Museo Británico. Royal M. s. 14 A III. Sign. 14 A. M. P. 307. Publicado por el Ayuntamiento de Cádiz en 1929.

volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.

»Bramó el becerro, y púsoles en sarta;
tronó la tierra, oscureciöse el cielo,
amenazando una total ruína;

»y al cabo, en Cádiz, con medida harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.» (4)

Historiografía

Pocas cuestiones han merecido tanta atención de los historiadores gaditanos como el asalto y saqueo de 1596. Quizá sólo el asedio de las tropas napoleónicas y las Cortes de 1812 tengan análogo valor, interés y consideración entre los profesionales de la Historia que el episodio que ahora se estudia, pero nada más. Desde que fray Pedro de Abreu escribió su conocida obra «Historia del saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596» o «Suceso del saco y toma de Cádiz por el Inglés», según el título original, han sido muchos los autores que han dedicado extensas páginas a tan desafortunada acción militar. fray Jerónimo de la Concepción, primero, y Adolfo de Castro más tarde, junto a otros historiadores, unieronse a la empresa, a la que se sumaron también profesionales de última hora que han facilitado versiones particulares del acontecimiento, generalmente objetivas y precisas. Pero no han sido sólo historiadores locales y nacionales los que se han detenido a estudiar la cuestión, también los ingleses y los holandeses han suministrado su personal visión del hecho de armas, completando con su información las noticias que teníamos del saco de Cádiz. El estudio comparativo de todas estas versiones permite a la historiografía moderna tener hoy un conocimiento bastante acabado de tan lamentable acontecimiento y faculta al entendido y al especialista para componer una relación detallada de todas las incidencias del caso.

Concretando cuanto antecede, podemos decir que de todas las versiones conocidas del saqueo de Cádiz, es sin duda la narración compuesta por fray Pedro de Abreu la más completa y detallada (5). El libro de Abreu, redactado con objetiva visión histórica y con cierto espíritu crítico, permaneció largo tiempo inédito —casi tres siglos— a causa precisamente de esta circunstancia, ya que de sus páginas no salían muy bien paradas las autoridades civiles y militares de la ciudad. Fue necesario el concurso de un gaditano benemérito de la talla de don

(4) CERVANTES, Miguel de: *Ob. cit.*; pág. 51.

(5) ABREU, Fr. Pedro de: *Historia del saqueo de Cádiz*. M. s. de 1596. Cádiz, 1866.

Adolfo de Castro para que el manuscrito del trabajo en cuestión fuera sacado del anonimato de los archivos conventuales y privados y viera la luz pública a mediados del siglo pasado (1866). Desde entonces, esta obra ha sido la más importante fuente de información del desgraciado suceso.

El hecho de que su impresión fuera vetada en su día por poner en evidencia el precario comportamiento de las autoridades locales en el asalto —como se acaba de apuntar—, dice mucho en favor de que la redacción del texto se hizo sin concesión alguna a lo que no fuera la más estricta realidad de los acontecimientos. Sus 165 páginas, aparte de servir de inspiración a relatos posteriores, son una viva descripción de todo lo acaecido, hecha con precisión y conocimiento directo por parte del autor, ya que fue testigo personal de la odisea.

En cambio, no podemos decir lo mismo del escribano y «almoxarife del rey» Agustín de Horozco. Aunque contemporáneo del saqueo, ya que —como se dijo— perdió en el mismo el manuscrito de su primera redacción de la historia de Cádiz, no nos ha dejado en su obra (6) más que alusiones tangenciales al desdichado suceso, a pesar de que pudo ser testigo directo de muchos hechos o, al menos, tener conocimiento de primera mano de los más notables. No se nos escapa, sin embargo, que en el momento que él escribía el saqueo no era historia, sino lance de la más reciente actualidad.

Fray Jerónimo de la Concepción (7), posterior en casi cien años a los acontecimientos descritos, debió valerse de la versión del padre Abreu para componer la suya, al menos es lo que parece, dadas las coincidencias que se observan entre ambas reseñas. A lo largo de 54 páginas hace una exposición muy detallada del episodio (Lib. 6, cap. III a XIV).

La descripción del suceso hecha por Adolfo de Castro (8) se halla contenida en el capítulo II del libro VI de su conocida «Historia de Cádiz y su Provincia». Trata las incidencias del saqueo con bastante detalle, pero no alcanza la altura de las dos versiones anteriores.

En sus «Episodios históricos», publicados en 1887, Domingo Sánchez del Arco (9) dedica extensos párrafos a la cuestión y, en 1903, Servando Marengo (10) edita una pequeña obra monográfica. El año 1911 don Pelayo Quintero Atauri (11) publicó su trabajo titulado «Otra relación del saqueo e incendio de Cádiz por los ingleses en 1596», breve pero interesante descripción del ataque.

(6) HOROZCO, Agustín de: *Historia de la ciudad de Cádiz*. Cádiz, 1845.

(7) CONCEPCIÓN, Fr. Jerónimo de la: *Emporio del Orbe. Cádiz Ilustrada*. Amsterdam, 1690.

(8) CASTRO, Adolfo: *Historia de Cádiz y su Provincia. (Desde los remotos tiempos hasta 1814)*. Cádiz, 1858.

(9) SÁNCHEZ DEL ARCO, Domingo: *Episodios históricos de Cádiz y su Provincia*. Cádiz, 1887.

(10) MARENGO, Servando: *La toma de Cádiz por los ingleses*. Madrid, 1903.

(11) QUINTERO ATAURI, Pelayo: *Otra relación del saqueo e incendio de Cádiz por los ingleses*. Cádiz, 1911.

Salvador Clavijo (12) en «La ciudad de San Fernando. Historia y espíritu» (1961) dedica algunas páginas al desarrollo del acontecimiento que nos ocupa. No aporta información especialmente relevante, pero hace hincapié en la brillante defensa del entonces llamado castillo de Suazo y de la puente del mismo nombre.

Con posterioridad, en 1974, Jesús Ribas Bensusan (13) publicó su trabajo «Asaltos a Cádiz por los ingleses», fundado en una variada y útil bibliografía, entre la que destaca la obra de Francisco de Ariño «Sucesos de Sevilla, de 1592 a 1604». Al poco tiempo aparecía la pequeña obra de Luis López Anglada (14) titulada «Los asaltos ingleses a Cádiz en el Siglo de Oro», texto de una conferencia pronunciada en la Caja de Ahorros.

En los últimos años y como producto de la más reciente hornada, deben citarse las páginas dedicadas a «la venida del inglés» en el volumen II de la «Historia de Cádiz», editada por Silex bajo el título «Los siglos decisivos», del que es autor el profesor Bustos (15), y las contenidas en el trabajo de Juan Antonio Fierro «Historia de la ciudad de Cádiz» (16).

Al lado de todas estas versiones, más o menos conocidas y al alcance de cualquier lector, existe una curiosa reseña original del canónigo doctor don Francisco de Quesada, interesantísima, dado que el autor sirvió de dragomán o intérprete entre el conde de Essex y las autoridades españolas en los días del saqueo, con lo que huelga decir que su información es de primerísima mano. El relato en cuestión fue publicado en la «Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España» (CODDIN, tomo XXXVI, págs. 345 a 372. Madrid, 1860).

Como remate de lo ya reseñado, cabe añadir un trabajo de Ramón Ezquerria titulado «Discurso cuando el accidente de Cádiz en 15 de julio de 1596», fol. 160 vt.º del M. s. 904 de la Biblioteca Nacional (Inventario general, tomo III, pag. 21. Madrid, 1957); otro de don Francisco Rodríguez Marín, «Un documento más para la historia del saqueo de Cádiz en 1596», en «Revista de Historia y Genealogía Española», Madrid, 1912, pag. 49 (Bibl. Nal. 6/9400); otro de L. de Gamboa y Eraso, «Verdad de lo ocurrido en ocasión de la venida de la armada inglesa sobre Cádiz», impreso en Cádiz en 1926; uno más del padre Antón Solé, «El saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596 y la Casa de Contratación» («Archivo Hispalense», tomo LIV, 1971, págs. 219-232), y dos narraciones mejicanas contemporáneas de los hechos publicadas por el padre Ismael Bengoechea, OCD, una de la pluma de fray Andrés de San Miguel, apa-

(12) CLAVIJO, Salvador: *La ciudad de San Fernando. Historia y espíritu*. Cádiz, 1961; tomo I; págs. 182 a 188.

(13) RIBAS BENSUSAN, Jesús: *Asaltos a Cádiz por los ingleses. Siglos XVI, XVII y XVIII*. Instituto de Estudios Gaditanos. Cádiz, 1974.

(14) LÓPEZ ANGLADA, Luis: *Los asaltos ingleses a Cádiz en el siglo de Oro*. Madrid, 1975.

(15) BUSTOS, Manuel: *Historia de Cádiz*; Vol. II: «Los siglos decisivos». Ed. Silex. Madrid, 1991; págs. 147 a 153.

(16) FIERRO, Juan A.: *Historia de la ciudad de Cádiz*. Cádiz, 1993; págs. 166 a 171.

recida en el «Diario de Cádiz» de 9 de marzo de 1986, y otra de fray Agustín de la Madre de Dios, que vio la luz en el mismo diario el 5 de abril de 1992.

Junto a todo cuanto antecede —narraciones, crónicas y relatos españoles— se deben incluir las descripciones y reseñas procedentes de fuentes inglesas, ya que contribuirán a completar el conocimiento del desgraciado suceso. Pero hemos de advertir que los ingleses, tan dados a memorias, diarios y comentarios, de los que debieron producir una abundante colección, han sido poco pródigos en publicaciones impresas sobre este asunto, hasta el extremo de que en una notable obra británica sobre la materia (Callender and Hinsley; «The naval side of British History, 1485-1945») apenas se hace mención de este episodio. Parece como si los ingleses se sintieran avergonzados de la jornada de que fueron protagonistas y quisieran olvidarla. Acaso no les falten razones para ello; a menudo esta acción ha sido considerada entre los británicos como una «bravata de verano» y algunos la reputan como el mayor escándalo de su tiempo, donde los aires de piratería no andaban lejos de su inspiración y nacimiento.

Los más notorios entre los documentos de origen inglés, todos pertenecientes a los fondos del Museo Británico, son los siguientes:

- *Breve descripción de la expedición a Cádiz, 1596.*—Royal M. s. 18 A. LXVI, f. 29 v.
- *Papeles relacionados con la expedición a Cádiz en 1596.*—Cotton, M. s. Otho E. IX, ff. 306, 319, 322, 326, 334 v, 335, 335 v y 344.
- *Papeles relacionados con la toma de Cádiz en 1596.*—Landsdowne M. s. 81, cap. 60, 70 y 71; M. s. 82, cap. 72 y 100; M. s. 115, cap. 76 y 88.
- *Lista del ejército destinado a Cádiz, 1596.*—Landsdowne, M. s. 243.
- *Descripción de la toma de Cádiz, 1596.*—Stowe, M. s. 159, f. 253 . M. s. 164, f. 90.
- *Relato de la toma de Cádiz, por el doctor Marbeck en 1596.*—Siglo XVII; Sloane, M. s. 226.
- *Carta de sir G. Carew sobre la toma de Cádiz (30 Jun. 1596).*—Add. M. s. 6.177, pág. 75.
- *Caballeros armados en Cádiz en 1596.*—Add. 5.482, f. 16 v.
- *Regreso de las fuerzas de la expedición contra Cádiz, 1596.*—Egerton, M. s. 1.818, f. 71.
- *Verdadera relación de las hazañas en Cádiz del conde de Essex y del Lord Almirante, 1596.*—Egerton, M. s. 2.877, f. 76 v.

Además de estos fondos, don José Antonio Calderón Quijano, en la obra que a continuación se cita, menciona entre otros los siguientes documentos de la Public Record Office de Londres (Calendar State Papers. Domestic series; 1595-1597. London, 1869; S. P. 12, vol. 259):

- *Declaraciones sobre el asalto a Cádiz*, 18 de julio de 1596, de sir Henry Palmer a sir Cecil, en Dover; pág. 257, número 69.
- *De George Carew a sir Robert Cecil*, en Cockington, a 25 de julio de 1596, págs. 260-261.
- *Una relación de la toma de Cádiz*, agosto de 1596, págs. 271-273 número 114.
- *Declaración del capitán sir Mat. Morgan*, agosto 1596, pág. 273, número 115.
- *Nota de las ventajas obtenidas por el asalto a Cádiz*, septiembre de 1596, pág. 290, número 46.

El trabajo del profesor, Calderón (17) aludido es la traducción, estudio y análisis de un manuscrito de William Slingsby que se custodia en la librería del castillo de Alnwick, propiedad del duque de Northumberland, y cuya referencia es British Museum. Map Room, R. Ac. 8109. Su título original es: «Sir Will. Slingsby's relation of my Lord Essex voyage to Cales». La versión ha sido publicada por la Caja de Ahorros de Cádiz en 1985, bajo el nombre de «Versiones inglesas de los ataques anglo-holandeses a Cádiz; 1596 y 1625». Es trabajo muy documentado, que a lo largo de 150 páginas desarrolla el pormenor y las incidencias de los dos ataques citados.

Otro estudio muy interesante es el llevado a cabo por los doctores José M.^a Pérez-Bustamante y Juan E. Tazón Salces (18), basado en la traducción de un manuscrito de Richard Hakluyt que abarca diversos relatos, como el desastre de Hawkins ante San Juan de Ulúa (1568), el ataque de Drake a Cádiz en 1587, las operaciones de la Armada Invencible, los ataques a La Coruña, Lisboa y Vigo (1589) y la toma y saqueo de Cádiz en 1596.

El título del trabajo, «Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa» lo dice todo y ha sido publicado en 1988, con motivo del IV centenario de la Armada Invencible.

Y con estos antecedentes llegamos al manuscrito objeto de la presente publicación: el diario del *Mary Rose*.

Aunque pudieran hacerse amplios comentarios y favorable juicio crítico sobre este interesante documento, publicado hace pocos años por Stephen Usherwood y editado por The Bodley Head, creemos preferible, como presentación de la obra, seguir la reseña bibliográfica contenida en el boletín que edita la prestigiosa casa aseguradora británica «Lloyd's Register of Shipping» (31 de diciembre de 1983).

(17) CALDERÓN QUIJANO, JOSÉ A.: *Versiones inglesas de los ataques anglo-holandeses a Cádiz. (1596, 1625)*. Caja de Ahorros de Cádiz; vol. 4; Serie Historia. Cádiz, 1985.

(18) PÉREZ-BUSTAMANTE, JOSÉ M.^a, y TAZÓN SALCE, JUAN E.: *Principales viajes, expediciones, tráfico comercial y descubrimientos de la nación inglesa*. Vol. I. Ed. Atlas. Madrid, 1988.

«The Counter-Armada, 1596. (The journal of the *Mary Rose*)». Londres, 1983; por Stephen and Elizabeth Usherwood. Relación del saqueo de Cádiz en versión inglesa (19).

«Dentro del conocido sentido del humor de Macaulay encerrado en la frase “hasta los niños lo saben”, es fama que como resultado de la derrota de la Armada Invencible, la historia europea y la mundial cambiaron para siempre. Lo que es menos conocido es que este resultado no fue totalmente cierto hasta que, en el año 1596, una armada inglesa compuesta de 126 buques atacó con éxito a Cádiz e infligió un duro golpe a las aspiraciones políticas de España.»

«Era el mayor y mejor equipado ejército que hasta entonces había partido de nuestras costas —dice—; 6.000 soldados, en una expedición combinada y conjunta cuyos comandantes en jefes eran lord Howard of Effingham —que había tenido el mando contra la Invencible en 1588— y el joven conde de Essex. Les acompañaba una escuadra holandesa integrada por 24 buques a las órdenes de Jan van Duivenvoorde, señor de Warmond y almirante de Holanda.»

«Después de tres semanas de viaje y un día de lucha ellos permanecieron en Cádiz una quincena y después regresaron a su patria “cargados con el botín capturado y trayendo como presa dos galeones españoles”.»

«Hasta la publicación del manuscrito del “diario” —que, aunque conocido, había permanecido en la biblioteca del palacio de Lambeth durante muchos años— no se había facilitado al lector británico ninguna relación objetiva y apropiada de esta expedición.»

«La completa transcripción del diario del *Mary Rose* por el matrimonio Usherwood nos proporciona una amplia narración de un testigo de vista de esta expedición militar y naval, que en su tiempo fue tan importante como el desembarco del día D en la Segunda Guerra Mundial», dice el comentarista.

«Sir George Carew, comandante del navío de la reina de Inglaterra *Mary Rose*, redactó este interesante diario. Como teniente general de la Artillería, sir George Carew fue miembro de los consejos de guerra y así estuvo en condiciones de poder escribir con conocimiento directo de las interioridades de la expedición.»

«Esta excelente edición del “diario” ofrece una versión literal de las páginas del manuscrito, con notas y explicaciones del autor. “Un diario de todos los pormenores acaecidos en el viaje al mando del Lord Almirante...”; “un diario de navegación con anotaciones hechas día a día desde el Domingo de Resurrección de 1596, cuando el conde de Essex se despidió

(19) USHERWOOD, Stephen and Elizabeth: *The Counter-Armada, 1596. (The journal of the Mary Rose)*; London, 1983. Ed. The Bodley Head, Ltd. 9 Bow Street, Covent Garden; London, WC 2 E 7 AL.

de la reina en Greenwich... hasta el 7 de agosto". El autor del manuscrito ni lo firmó ni dio el nombre de su buque; en consecuencia, este documento fue considerado hasta ahora como cosa sin trascendencia.»

«Pero hace poco tiempo el doctor Geoffrey Bill, director de la biblioteca del arzobispo de Canterbury en Lambeth, con el peso de su autoridad, identificó la caligrafía como obra de la mano de sir George Carew. Una gran colección de sus últimos escritos se hallaban depositados en la biblioteca de Lambeth y ello le permitió comprobarlo por comparación.»

«Como se adivina a través de los ilustrativos comentarios de Stephen Usherwood y del texto entretreído, el relato es una dramática narración que subraya la talla de historiador del autor. Como él señala, el duque de Medina Sidonia, jefe militar de las costas españolas, fue tan desafortunado en la defensa de Cádiz como lo había sido al mando de la Invencible.»

«El verdadero texto original del manuscrito —Códice de Lambeth, 250—, dado en el apéndice I del trabajo de Usherwood con ortografía arcaizante, ocupa 41 páginas del libro y mediante ello consigue que el lector se dé cuenta de cuánto esfuerzo es necesario para cubrir este entramado histórico con un texto lo bastante moderno en imágenes y lenguaje como para dar al drama vida e interés para los lectores actuales.»

«El apéndice II contiene el menguado y lacónico diario de navegación sacado por el holandés Jan van Doornik de un manuscrito existente en la biblioteca Imperial de Viena. Un tercer y útil apéndice se extiende en consideraciones sobre el tonelaje de los buques de guerra ingleses y explica cómo algunas ideas equivocadas han conducido a notables errores históricos, mientras el apéndice IV enumera todos los buques nombrados en el diario del *Mary Rose*, con su porte y dotación.»

Aunque la obra comentada no hace revelaciones sensacionales en orden al conocimiento de los detalles del saqueo de Cádiz, sí resulta altamente interesante e ilustrativa por la coincidencia que refleja en muchos pasajes con el relato del padre Abreu. Son numerosas las ocasiones en que ambas obras muestran los mismos acontecimientos narrados por testigos enfrentados en los bandos en lucha, pero coincidentes en todo en el terreno expositivo, lo que es una prueba de veracidad. A título de ejemplo, cabe destacar que la página 57 de Abreu se corresponde con la 133 del diario del *Mary Rose*; la 73, con la 139; la 93, con la 141; la 111, con la 147 (donde se aclara que el «cabo» inglés muerto de un arcabuzazo enterrado en Santa Cruz, fue sir John Wingfield, comandante del navío *Vanguard*); la 141, con la 150; la 148, con la 151, y así muchas más. Debe advertirse que la paginación está dada conforme a las ediciones de A. Castro y S. Usherwood, respectivamente.

Como muestra final y para no hacer este comentario demasiado prolijo, reiterativo y enojoso, se transcribe un pequeño párrafo de fray Pedro y su correspondencia con lo escrito por Carew.

Abreu: (pág. 106). «Martes, 2 de julio.—Con el seguro que les habían dado los ingleses a los del castillo, salieron de él el corregidor y deán, D. Diego de Villavicencio y otros quince o veinte de los más principales, dejando en la torre del homenaje puesta bandera de paz, y los ingleses se la dieron. Llevaron consigo al canónigo Quesada por intérprete y fueron a hablar al General, el cual les recibió bien. Comenzaron a tratar del rescate de toda la gente retirada a la villa y castillo, y salió asentado en 120.000 ducados». (Pág. 110). «Comenzó con esto a salir la miserable gente y encaminábanse para la puerta de Tierra, porque por mar no había embarcaciones... Mandó el conde que les hicieran escolta hasta la Puente hasta 50 soldados».

Carew: (pág. 144 y 145). «22 junio (2 julio).—Martes, por la mañana, los de la ciudad, que se habían refugiado en el castillo para considerarse seguros, enarbolaron una bandera de paz y solicitaron parlamento (ansiano conseguir misericordia), cosa que se concedió. El corregidor y otros cinco de los más notables entre ellos vinieron a hablar con el general, y acordaron a cambio de esta merced ofrecer para ulterior acuerdo pagar un rescate por sus vidas de 120.000 ducados, y quedando en su poder como rehenes 50 de los más notables de entre ellos, hasta que fuese pagado el rescate, lo que se aceptó por el general, conviniendo que embarcasen las mujeres y los religiosos para pasar al Puerto de Santa María y la gente de miserable condición fuera acompañada por tierra hasta el puente (de Suazo)».

Todo lo que antecede es de gran importancia, porque prueba incontrovertiblemente la rigurosidad expositiva y la fidelidad histórica del relato de fray Pedro de Abreu, cosa ya sabida de los profesionales, pero que ahora ha quedado de manifiesto para el gran público con abrumadora evidencia.

En resumen, el libro de Usherwood, por reflejar los acontecimientos desde el campo de los asaltantes, es una notable aportación, con nueva luz, de un período crítico en las relaciones hispano-británicas y una interesante confirmación de la seriedad y solvencia de una de las más conocidas fuentes clásicas de la historiografía gaditana, la obra del padre Abreu.

Como remate de la información que se aporta, debe decirse que si bien los archivos gaditanos desaparecieron prácticamente tras el incendio que siguió al saqueo, puesto que los restos que quedaron son insignificantes, en los pueblos de la provincia y particularmente en Jerez y en Sanlúcar se conservan amplias referencias sobre el desgraciado suceso en forma de escritos, órdenes y comunicaciones diversas que no deben ser olvidadas por el investigador. El archivo municipal jerezano, de modo singular, es sumamente rico en esta clase de documentación.

En efecto, en julio de 1893, el archivero municipal de Jerez de la Frontera, don Agustín Muñoz Gómez (20), remitió a don Adolfo de Castro una copia íntegra de un manuscrito titulado «Jerez y Cádiz en 1596», donde se recogían numerosas comunicaciones relacionadas con el saco conservadas en aquel consistorio. Una copia de dicho manuscrito fue entregada a don Miguel Mancheño Olivares el 19 de abril de 1896. Este trabajo, que obraba en el Archivo del Ayuntamiento gaditano, deberá ser tenido muy presente en futuras investigaciones sobre la materia. El empeño bien lo merece.

El ataque

Al amanecer del domingo 30 de junio de 1596, impulsada por una fresca brisa de poniente, se avistó desde Cádiz una poderosa armada anglo-holandesa formada por 128 velas —según fuentes inglesas— que tras dar algunas bordadas fondeó a la entrada de la bahía. El mando conjunto de la flota estaba confiado al almirante sir Charles Howard of Effingham y al conde de Essex, Robert Devereux, jefe este último de las tropas de desembarco. Integraban esta formación naval 18 buques de guerra ingleses y 86 de transporte y de aprovisionamiento, con un contingente militar de 7.600 hombres, y les acompañaban 24 buques holandeses bajo el mando del almirante Jan van Duivenvoorde, señor de Warmond.

Según una relación suscrita por sir William Slingsby, comisario de pertrechos y municiones afecto a sir George Carew —autor del diario del *Mary Rose*, como sabemos— la lista de buques integrantes de la flota combinada anglo-holandesa era la siguiente:

Ark Royal, de 55 cañones, al mando de sir Charles Howard, almirante de la flota.

Lion, de 60 cañones, mandado por sir Robert Southwell.

Dreadnought, de 41, a las órdenes de Alexander Clifford.

True Love, bajo el mando de Richard Leveson.

Lion's Whelp, pinaza gobernada por el capitán William King.

Apoyaban a estos buques 18 mercantes y 5 velas más, balandras y filibotes cargados con caballos y provisiones. El conjunto formaba la primera escuadra, a las órdenes directas del Lord Almirante.

(20) MUÑOZ GÓMEZ, Agustín: *Testimonios para la Historia*. Parte IV. *Jerez y Cádiz en 1596*. M. s. fechado en 1.º de febrero de 1892. 122 folios. Archivo Municipal. Jerez de la Frontera.

— Escuadra del conde de Essex. Buques de guerra:

Due Repulse, de 48 cañones, mandado por el conde de Essex.

Rainbow, de 26 cañones, bajo la autoridad de sir Francis Vere.

Vanguard, con 31 cañones, mandado por sir John Wingfield.

Tramontana, 21 piezas de artillería, con el príncipe de Portugal.

Charles, pinaza capitaneada por Sackville Trevor, y 18 barcos mercantes más y 5 balandras y filibotes con caballos y provisiones de particulares.

— Escuadra de lord Thomas Howard. Buques de guerra:

Merhonour, de 41 piezas, a las ordenes de lord Thomas Howard.

Nonpareil, con 56 cañones, gobernado por el capitán Dudley.

Crane, de 24 cañones, mandado por el capitán Robert Mansell.

Moon, pinaza de 9 cañones, capitaneada por Henry Moyle.

Formaban parte de esta escuadra, 17 barcos mercantes y 4 balandras y filibotes cargados con caballos y provisiones.

— Escuadra de sir Walter Raleigh. Buques de guerra:

Warspite, con 40 cañones, bajo el mando de sir Walter Raleigh.

Mary Rose, de 39 piezas, a las órdenes de sir George Carew.

Swiftsure, de 42 cañones, mandado por el capitán Robert Crosse.

Quittance, de 25 piezas de artillería, capitán George Gifford.

Integraban esta escuadra, además, 15 buques mercantes y 4 balandras y filibotes con caballos y provisiones.

— Escuadra holandesa. Buques de guerra:

Neptune, buque insignia de Johan van Duivenvoorde, Almirante de Holanda.

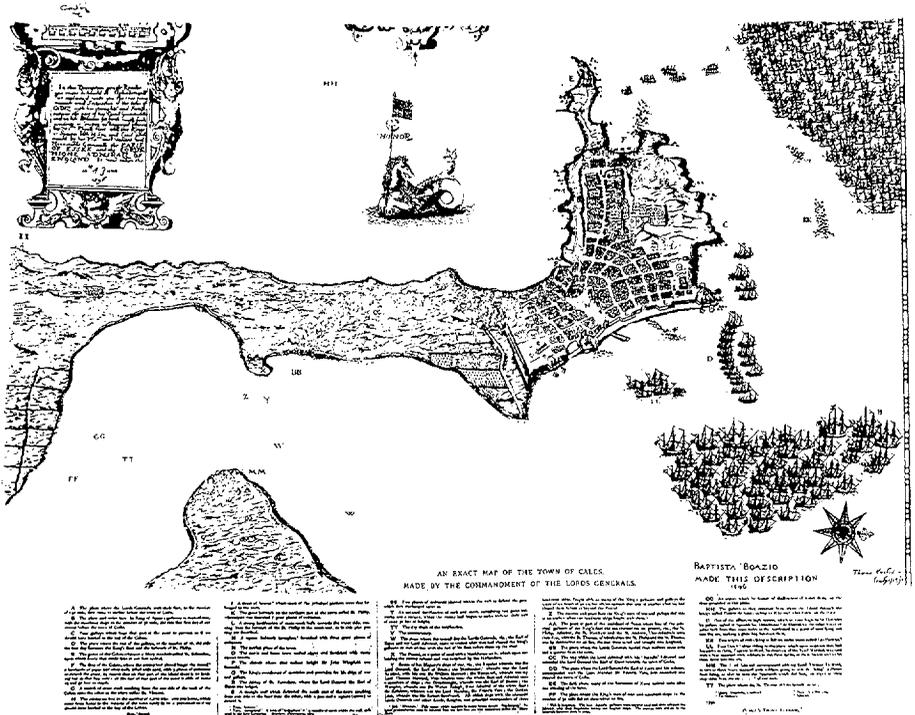
Lion, mandado por el capitán Johan Gerbrantsen.

Ele, a las órdenes del capitán Corneluis Leusen, de Flesinga.

Además de los citados, se incorporaban 15 velas más y 6 balandras cargadas con avituallamientos y municiones.

En total: 18 buques de guerra ingleses, 3 holandeses y 107 varios.

Esta poderosa formación naval había sido avistada al pasar frente a Lagos, en la costa meridional portuguesa, desde donde dieron aviso a la Casa de Contratación de Sevilla. Pero además de este contingente de embarcaciones, se incorporaron a la flota otros buques de diversos orígenes y procedencias que seguían a aquélla por su propia cuenta, para ver qué podían conseguir y para



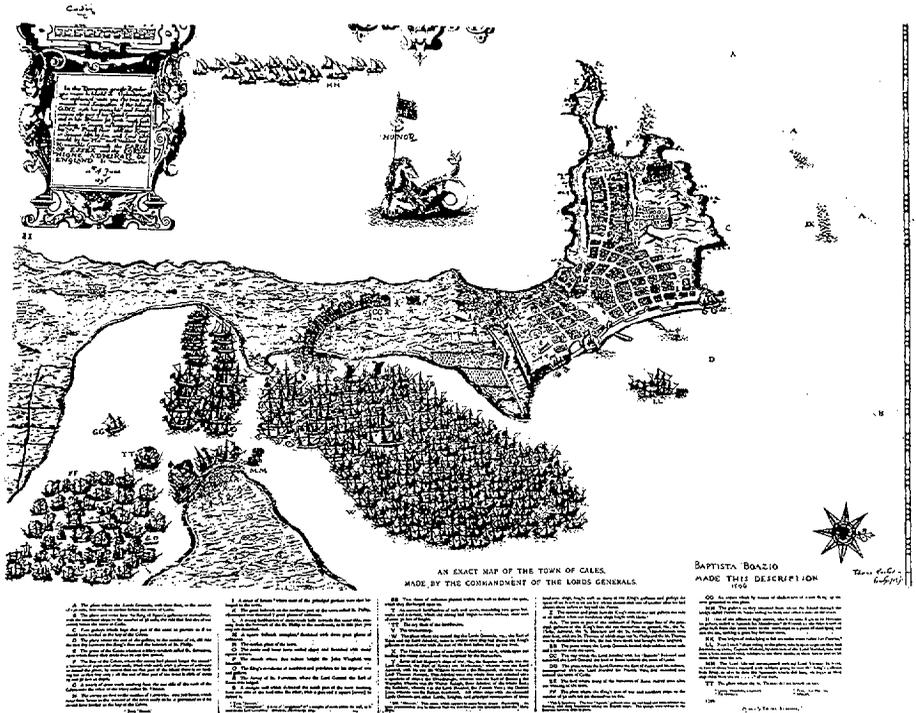
Planta de Cádiz, por Thomas Coxon en 1596. Representa el ataque y desembarco de la flota anglo-holandesa. (B.M., Map Room, R. Ac. 8109). 1.ª fase.

dedicarse al pillaje. Como decía un conocido escritor refiriéndose a otro acontecimiento bélico, era la larga hueste de indeseables que sigue a todos los ejércitos.

Aunque como hemos visto la lista oficial de buques era de 128 unidades, la aportación suplementaria representada por estas otras embarcaciones podría hacer ascender el número total a 140 velas, cifra que cita el padre Abreu como la de integrantes de la flota atacante.

En un primer momento, los ingleses intentaron desembarcar en La Caleta, pero debido a la marejada reinante, que hizo zozobrar algunas lanchas de la flota, y a la presencia de la caballería venida de Jerez que desde la orilla impidió la maniobra de los asaltantes, éstos hubieron de cambiar su plan de ataque. Decidieron entonces adentrarse en la bahía, pero se encontraron el paso cerrado por la presencia de una discreta fuerza naval española formada por 4 galeones, 3 buques de armada y 18 galeras y hasta 40 naos mercantes de una flota que se preparaba para partir hacia las Indias.

Los buques defensores eran el galeón *San Felipe*, de 50 cañones mandado por don Diego de Sotomayor; el *San Mateo* (también llamado *San Matías*) a



Planta de Cádiz, por Thomas Coxon en 1596. Representa el ataque y desembarco de la flota anglo-holandesa. (B.M., Map Room, R. Ac. 8109). 2.ª fase.

las órdenes de don Juan de Alcega; el *Santo Tomás* y el *San Andrés*, todos de la serie de los doce Apóstoles. Los buques de Armada, integrados en la flota de Indias, eran la capitana de Nueva España, al mando de don Luis Alfonso Flores, la almiranta de la misma y la vicealmiranta, y los barcos mercantes que componían dicha flota —unos 40, como se ha dicho— se hallaban cargados con un rico cargamento valorado en 11 ó 12 millones de ducados.

La escuadra de galeras —de cuyos mandos dispensaremos para no hacer más prolija esta relación— eran la *Capitana*, *Ocasión*, *Padillas*, *Patrona*, *Fama*, *Eugenia*, *Luna*, *Manrique*, *Santa Bárbara*, *Española*, *Leona*, *Bazana*, *Forteza*, *Esperanza*, *Temeraria*, *Leyva*, *Serena*, y *Santiago* y se encontraba a las órdenes de don Juan de Portocarrero, teniente de Adelantado y general de las Galeras.

Entre los distintos mandos de las fuerzas defensoras no existía la debida coordinación, pero esta grave falta no impidió que se formara una línea defensiva cortando la canal de entrada, cuya línea se apoyaba por un extremo en el fuerte de San Felipe y por el otro en el bajo del Diamante. Pero al caer la noche y por temor al enemigo, los armadores de los buques de la flota de Indias, con

gran indisciplina, iniciaron una desafortunada maniobra: retirar sus barcos para fondearlos al abrigo de Puntales, en el fondo de la bahía. Esta decisión dio lugar a que se formaran grandes claros en la línea defensiva, que fueron aprovechados por los ingleses para penetrar por los pasos abiertos. El *Warspite*, el *Rainbow*, el *Repulse*, y el *Nonpareil* se precipitaron por estos pasos, impidiendo a los buques defensores recomponer la línea, por lo que los galeones y galeras hubieron de soportar todo el peso del asalto del grueso de la flota anglo-holandesa. El encarnizado combate que siguió duró hasta las cuatro de la tarde, a cuya hora el *San Felipe*, al intentar virar en la canal, embarrancó en el talud de ésta a la altura del Trocadero e igual suerte corrieron otros galeones españoles. El *San Felipe* fue incendiado por su propia dotación para evitar que cayera en manos del adversario y lo mismo el *Santo Tomás*, pero el *San Andrés* y el *San Mateo*, que no fueron pasto de las llamas, lo fueron de los ingleses quienes los apresaron rápidamente. Las restantes naves españolas, particularmente las de la flota de Indias, fueron también incendiadas antes de que el enemigo se hiciera cargo de ellas y las galeras, no pudiendo sostener por sí solas el empuje de la flota anglo-holandesa, hubieron de ganar a fuerza de remos las aguas del mar abierto a través del caño de Sancti Petri y refugiarse después en Rota y en Sanlúcar.

No habiendo ya fuerzas navales que se les opusieran, los asaltantes desembarcaron rápidamente cerca del fuerte del Puntal y mientras una columna de unos 2.000 hombres se dirigía hacia el puente de Suazo para cortar cualquier posible auxilio a los defensores de Cádiz, el conde de Essex con un millar de hombres de su regimiento y otras fuerzas de apoyo se encaminó hacia la ciudad. A medio camino tropezó con las fuerzas españolas llegadas de Jerez (500 infantes y 300 jinetes) y, tras un breve combate, alcanzaron la puerta del Muro, situada donde la actual puerta de Tierra. Las tropas jerezanas se encontraron cerrada la puerta y los gaditanos se negaron a abrirla ante la proximidad del enemigo, aumentando así la confusión y el desorden ante un adversario que avanzaba decidido; entonces, ellos escalaron el muro. Esto y el hecho de que la plaza tuviera hasta los montajes de la artillería inservibles, por lo que apenas pudieron hacer fuego, explica la débil resistencia presentada. Los ingleses, imitando a las fuerzas que les hacían frente treparon también por la muralla por la parte de San Roque, favorecidos por la arena acumulada por el viento y por los escombros allí vertidos y tras una corta escaramuza quedaron dueños de la situación abriendo la puerta del Muro al grueso del ejército invasor. Entretanto, la mayoría de los habitantes de la ciudad habían buscado refugio en el castillo de la Villa, capitaneados por el apocado corregidor y gobernador de la plaza, don Antonio Girón, quien, en decir de sus contemporáneos, «era más a propósito para manejar la rueda que la espada»; pero, careciendo de provisiones a causa de su imprevisión y acaso desconociendo la existencia de la red de galerías antiguas que les hubiera facilitado la comunicación con el campo exterior y con el mar cerca de la caletilla

de Rota, tuvieron que rendirse al día siguiente, concertando un rescate de 120.000 ducados por su libertad. Después, dueños de la población, los ingleses cometieron numerosos excesos.

La columna dirigida a la Isla de León, mandada por sir Christopher Blount —padrastro del conde de Essex—, maniobró para apoderarse del castillo de León o de San Romualdo, denodadamente defendido por el capitán Martín de Chayde, quien, tras durísima resistencia, hubo de capitular ante la falta de auxilio exterior. Con ello, los atacantes pudieron cortar el puente de Suazo e impedir la llegada de fuerzas de socorro. El duque de Medina Sidonia, capitán general de la costa del Mar Océano y, por ello, jefe supremo de la defensa, confirmó la incapacidad para el mando de que ya diera muestras años antes, en el desastre de la Armada. Faltóle decisión y fue incapaz de arbitrar medios para recuperar la plaza o para incendiar las naves enemigas surtas en bahía.

Los anglo-holandeses llevaron a cabo un saqueo sistemático de la población, apoderándose de las mercancías almacenadas en la ciudad y de las preparadas para su embarque a Indias, así como de los géneros y efectos conservados en la Aduana (valorados en unos 800.00 ducados); se hicieron dueños de cuantos objetos de valor hallaron, y requisaron todos los metales a su alcance: armas, piezas de artillería, campanas, rejas y otros muchos artículos. Igualmente, profanaron con saña numerosas imágenes. Tras 15 días de permanencia en Cádiz y de discutir en consejo sobre la conveniencia de atacar las poblaciones cercanas, prevaleció el criterio de dar por finalizada la incursión y no comprometer el éxito alcanzado. También se pensó en retener la ciudad en sus manos, pero las desavenencias surgidas entre los mandos ante el deseo del conde de Essex de quedar como gobernador de la plaza hicieron fracasar el proyecto y se decidió el abandono de ésta. De acuerdo con esta última decisión y tras reembarcar ordenadamente las tropas, se dieron a la vela al amanecer del 16 de julio, después de incendiar la ciudad.

El botín capturado se aforó por los contemporáneos en 22.000.000 de ducados, cifra enorme para la época —y para nuestros días, ya que su equivalencia podría fijarse en unos 100.000 millones de pesetas, aproximadamente—, y completaron el despojo con el apresamiento de los dos magníficos galeones antes citados, con 100 piezas de artillería, y con más de 60 rehenes que se llevaron consigo para asegurar el pago del rescate.

Desde nuestras aguas, los anglo-holandeses marcharían a Faro, en el Algarve —no se olvide que entonces Portugal se hallaba unido a la Corona española—, ciudad donde cometieron análogas tropelías a las realizadas en Cádiz, saqueando e incendiando la población y llevando a cabo otros desafueros.

Como antes se ha dicho, el efecto moral del ataque a Cádiz fue demoledor y ello explica las amargas palabras de escritores de aquellos tiempos y la impresión que el hecho causó en las altas esferas de la nación. Don Luis de Góngora compuso unas intencionadas estrofas alusivas al duque de Medina Sidonia, motejándolo de «Rey de los atunes», refiriéndose a la doble condición

de estos peces: grandes y cobardes. Otros autores le hicieron también objeto de comentarios irónicos. Ya vimos el mordaz soneto de Cervantes.

Como resultado del desastre, hasta se llegó a pensar seriamente en la conveniencia de trasladar el vecindario de la ciudad al cercano Puerto de Santa María y dejar convertido el lugar sólo en un presidio militar. Menos mal que tan peregrina idea no prosperó.

A despecho de lo que al principio se afirmó sobre la imprevisión de los defensores y en descargo de ello, no debe ignorarse que a finales del siglo xvi los dominios del rey de España eran tan extensos que resultaba materialmente imposible ser igual de fuerte y poderoso en todos sus puntos. Además, los medios económicos de la Hacienda Real distaban mucho de ser abundantes y, la sangrienta guerra de Flandes, acaparaba todos los recursos de la Corona. El conocido aforismo «América mi natura, Sevilla mi ventura y Flandes mi sepultura», aplicado al oro de las Indias, hacía evidente que muchas necesidades de la Monarquía quedarán insuficientemente atendidas y, por más que estas necesidades fueran apremiantes y perentorias, no era posible acudir a ellas con la presteza que los requerimientos militares exigían. El lema citado al principio: *Ad utrumque paratus*, aunque imperioso y conminatorio, no podía ser atendido en debida forma. Muchas plazas importantes —Cádiz, entre ellas— se hallaban mal defendidas por falta de medios y, por ello, al alcance de cualquier asaltante desaprensivo y audaz. Para el ataque a nuestra ciudad, además, los ingleses se vieron animados y estimulados por los alentadores informes que el más grande traidor de la Historia de España, Antonio Pérez, les había facilitado sobre el precario estado de las defensas de la plaza.

Por otra parte, aunque España se hallaba en el cenit de su grandeza, cualquier fracaso ante un enemigo diestro y osado era como un aldabonazo anunciador del fin de aquel período de esplendor. El ataque de Drake a Cádiz en 1587 y los sufridos por La Coruña, Vigo y Lisboa en 1589 eran sólo preludeo del asalto y saqueo de Cádiz en 1596. Nuestros antepasados, además, no se hallaban habituados a la derrota y estos descalabros resultaban doblemente dolorosos y amargos.

A raíz del ataque de Drake (1587), el cardenal Zapata —entonces obispo— había iniciado la construcción de la muralla real en el llamado frente Norte de la bahía, entre el baluarte de los Negros y el de San Felipe, pero el resto de las obras de fortificación brillaban por su ausencia. Hasta 1598, en efecto —es decir, hasta después del saqueo—, no se inició la construcción del castillo de Santa Catalina, para prevenir los ataques por La Caleta; pocos años más tarde se comenzarían las obras del castillo de San Sebastián; al mismo tiempo se emprendería la reconstrucción del fuerte del Puntal y se ampliaría el de Matagorda, con objeto de cerrar con seguridad el paso de Puntales. Estos trabajos harían que cuando 30 años después del saqueo (1625) el vizconde de Wimbledon intentó repetir la suerte de Essex en idéntico lugar, el resultado fuera ya favorable a las armas españolas. Los gaditanos, a las órdenes

de don Fernando Girón y Ponce de León, supieron batirse valientemente, las nuevas fortificaciones cumplieron holgadamente su cometido y el vino de las bodegas de Extramuros, relajando la disciplina de los atacantes, hizo lo demás.

Siglo y cuarto más tarde (1755), el frente abaluartado de la Puerta de Tierra, con su serie de cortinas, fosos, escarpas, caminos cubiertos, glacis y contraminas, completaría el sistema defensivo y convertiría en inexpugnable la ciudad que ya entonces era llamada «Emporio del Orbe», «Puerto y puerta de las Indias» y primera plaza mercantil de Europa. Era el siglo de oro de la prosperidad gaditana... y el recuerdo del saqueo quedaba bastante lejano.

Francisco PONCE CORDONES

